¡PERRA VIDA!

¿Qué cierto es que el dinero no da la felicidad?

¡Ni la ulcera duodenal de tu amigo más querido!

¡Ni las almorronas! ¡Ni las asociaciones! ¡Ni los polos de desarrollo G.E.R.A.!

¡Ni Europa! ¡Ni la Nato! ¡Ni la civilización occidental!

¡Ni leche! ¡En algún sitio tiene que estar la felicidad!

¡En Schießt! ¡Oiga!

¡Tiene razón. Que más da donde está, si la felicidad tampoco da la felicidad!

LO QUE

ESTAMOS en un tiempo preñado de cosas que no van a pasar, lo cual es apasionante para los que tenemos la suerte de asistir al espectáculo de cómo no pasarán.

Me como las uñas de nerviosismo. Y los dedos. Y los muñones. Dios quiera que lo que no va a pasar lo den por televisión.

Grandes han sido los estuets de nuestros mayores para lograr este estado de cosas en el que no que no pueda ser no puede ser, y además es imposible. Somos una vieja tribu a la que le pasaron las cosas más raras desde su fundación. Se imagina alguien que a Parsifal o a Robin de los Bosques, o al Dante, o a Carlos Magno, o a Rómulo y Remo se los comiera un oso.

¡No!

Pues a Favila se lo comió un osos.

Desde entonces pasó todo, y lo que menos se explica uno, las guerras carlistas. Dicen que se los pasaban bien, pero yo no me lo creo.

Doblada la turbia esquina del nefasto, empeoró poco a poco a no pasar nada, y hoy, por fortuna, podemos decir, no sin santo orgullo, que no pasa nada de nada. ¡Pero que estuets, qué sudores, qué discursos, qué órdenes en el Boletín, qué multitudes, qué embargos, qué desahucios, qué desfiles de Semana Santa no nos ha costado! Porque una cosa es la nada, que no está mal. No negaremos, porque somos rigurosos, el valor implícito de la nada. Confiemos en ella. Ahora bien: la nada es una cosa, o, si quieren, una no cosa. Pero que esa cosa o no cosa, pase, que pase la nada, sólo nos pasa a nosotros. O sea, que sólo a nosotros no nos pasa nada. La nada.

Gaudeamus igitur, por tanto, que menos da una piedra. Sursum corda. DEOGRACIAS.